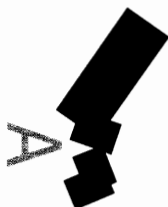


Biblioteca  Valenciana
COLECCIÓN IDEAS

Francisco José Martín
(ed.)

ESTUDIOS SOBRE *EL POLÍTICO*
DE AZORÍN
(TEXTO & CONTEXTO)

ACTAS DE LAS JORNADAS INTERNACIONALES
(SIENA, 18-19 MAYO 2000)



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN, por <i>Francisco José Martín</i>	9
I	
EL PENSAMIENTO ESPAÑOL DURANTE LA PRIMERA RESTAURACIÓN (1875-1900), por <i>Luis de Llera</i>	13
II	
DE POLÍTICOS Y HOMBRES DE ACCIÓN: EJEMPLOS Y TIPOS EN AZORÍN, BAROJA Y ORTEGA Y GASSET, por <i>Marco Cipolloni</i>	35
III	
<i>EL POLÍTICO</i> Y LA EMERGENCIA DEL MAURISMO, por <i>José Luis Villacañas Berlanga</i>	53
IV	
<i>EL POLÍTICO</i> FRENTE AL “PROBLEMA DE ESPAÑA”, por <i>Francisco José Martín</i>	67
V	
<i>EL POLÍTICO</i> ANTE LA LENTE METALITERARIA: UN TRATADILLO DE POÉTICA AL MODO AZORINIANO, por <i>Renata Londero</i>	83
VI	
EL LABORATORIO DEL TRADUCTOR: GILBERTO BECCARI Y LA TRADUCCIÓN ITALIANA DE <i>EL POLÍTICO</i> , por <i>Lia Ognò</i>	93
VII	
LAS RESEÑAS DE <i>EL POLÍTICO</i> , por <i>Francesco Fratagnoli</i>	109

VIII	
LIGEROS APUNTES SOBRE ITALIA EN AZORÍN, por <i>Edi Bastianelli</i>	141
IX	
<i>IL POLITICO</i> (1910): ALGUNAS HUELLAS DE SU RECEPCIÓN CRÍTICA, por <i>Paolo Tanganelli</i>	171
X	
SOBRE EL PRIMER AZORÍN POLÍTICO, por <i>Manuel Menéndez Alzamora</i>	185
XI	
AZORÍN ESENCIAL CONSERVADOR, por <i>Enrique Selva Roca de Togores</i>	193
XII	
AZORÍN Y EL CACIQUISMO. EL CAMINO AL CONGRESO, por <i>José Ferrándiz Lozano</i>	201
XIII	
AZORÍN, DE LA REBELDÍA A LA CONFORMIDAD, por <i>Santiago Riopérez y Milá</i>	217
XIV	
AZORÍN, EL LIBERALISMO Y LA DEMOCRACIA, por <i>Antonio Robles Egea</i>	225
XV	
AZORÍN: 1931-1932, por <i>José Payá Bernabé</i>	241

INTRODUCCIÓN

Azorín es ya un autor “clásico”; su obra le ha otorgado un puesto de indiscutible valor dentro de las historias de la literatura o manuales al uso, un lugar privilegiado en la narración de algunos capítulos fundamentales de nuestra cultura contemporánea (gestación de la “nueva novela”, renovación de la crónica periodística y de la crítica literaria, teatro y novela de vanguardia, ensayo literario, etc.). Esta condición suya de autor clásico, sin embargo, constituye también su condena. La conquista del clasicismo (entendido no como marca estilística inherente a la obra, sino como juicio de mérito sobre la misma) conlleva el peligro de convertir al autor en “indiscutible”, de aceptar como válidos para siempre los parámetros y criterios que hicieron del autor un clásico, de dar un valor absoluto a distinciones y categorizaciones que sólo pueden ser relativas. El autor clásico queda, así, atrapado en la repetición de los modelos desde los que se configuró y consolidó su clasicismo. En el caso de Azorín, su clasicismo hace que el literato ensombrezca al intelectual, al pensador, al teórico de la política y al mismo hombre de acción (política). Inútil buscar a Azorín en los anaqueles que nuestras bibliotecas y librerías reservan para el pensamiento y la filosofía, la hermenéutica de la cultura y la teoría política. El clasicismo de Azorín le condena a ser un literato, fundamentalmente un novelista, también un autor de teatro; esas otras facetas de su obra (el periodismo, la política, el pensamiento, etc.) quedan relegadas a una función subsidiaria de la creación literaria. La consideración de autor clásico introduce, pues, un orden en su obra y establece una jerarquía entre sus escritos. Luz y tinieblas: la claridad del orden también genera sombras, y la jerarquía olvidos. En la era de la hipercomunicación y del dominio de la técnica, la presencia de los clásicos puede configurarse, además, como una suerte de ausencia definitiva: su “indiscutible presencia” los esteriliza para ser elemento vivo, actual y actuante como generador de cultura. Están, pero no son. Es tarea de la crítica sacar a los clásicos del limbo infecundo en el que yacen y hacer de ellos campo de batalla donde se pone en juego la vida. Y el primer paso no puede ser otro que la necesaria reconstrucción del orden del clasicismo.

La consagración “literaria” de Azorín se ha llevado a cabo a expensas, entre otras cosas, de su pensamiento político y de su dimensión intelectual, y, sobre todo, desgajando el carácter unitario de su obra y estableciendo una jerarquía impropia que anula la convergencia de las distintas facetas de la misma en un único proyecto. La “pequeña filosofía” no es sólo un simple proyecto narrativo, sino algo mucho más amplio y de mayor envergadura: es, sí, una narrativa, y también una ética y una estética bien fundadas metafísicamente, y es, desde luego, también, una hermenéutica de la cultura y una teoría política. La ocupación política (teórica y práctica) de Azorín no es en absoluto subsidiaria de su actividad literaria, ni marginal respecto a ella, sino que está enrai-

zada en el corazón mismo del que brotan tanto su obra como su acción intelectual. Azorín no sólo participó activamente en la política de su tiempo, como cronista parlamentario, diputado o subsecretario de Instrucción Pública, sino que quiso dar al reformismo conservador una plataforma teórica desde la que se pudieran levantar las bases para una acción política duradera y eficaz en el tiempo. Más allá del grado de acierto que hoy le atribuyamos, él era consciente de que la necesidad de reformas en la España de la Restauración debía ser acometida desde un proyecto global; que la reforma concreta, sin proyecto, quedaba aislada en el tiempo y en el espacio y mermada en su capacidad operativa; que la fuerza de la reforma no estaba en la reforma misma, sino en el tejido reformista del proyecto desde el que ésta se llevaba a cabo. Y era consciente, también, que para fraguar un eficaz proyecto de reforma política debían crearse primero las bases culturales capaces de sostenerlo. *El Político* (1908), en este sentido, responde al intento de dotar al reformismo maurista de una base teórica sólida, segura y cierta. *La Cierva* (1910), *Un discurso de La Cierva* (1914) y *El chirrión de los políticos* (1923) constituyen sucesivas etapas del desarrollo del pensamiento político de Azorín. Negar a estas obras la dignidad de ser expresión literaria de un pensamiento político, resaltar en ellas sólo “lo literario” y no querer reconocer “lo político”, persistir en su olvido y en su marginalidad dentro del *corpus* azoriniano, constituyen hoy una sutil forma de traicionar la articulada complejidad de la obra azoriniana.

La organización de las “Jornadas Internacionales de Estudio sobre *El Político* de Azorín”, celebradas en Siena los días 18 y 19 de mayo del año 2000, obedecía a estos presupuestos y consideraciones. La mayor parte de los trabajos que se recogen en este volumen nacieron para aquella ocasión; otros fueron provocados en ella, primero como incitamiento dialógico y sucesivamente como texto. Los escritos políticos de Azorín necesitaban de un examen detenido y de una atención adecuada; necesitaban, sobre todo, ser considerados como tales “escritos políticos” y no como ocasiones de escritura de un literato, es decir, necesitaban ser tomados en serio, desde la plena comprensión y respeto de su voluntad política. Durante su vida, Azorín escribió centenares de artículos de “crónica política”: en ellos, su comprensión de la política queda entrelazada con los acontecimientos que son objeto de crónica, y, como desde un fondo oculto no siempre explícito, aquella comprensión suya de la política alimenta sus juicios y sus valoraciones del acontecer político cotidiano. *Parlamentarismo español* (1916) y *Fantasías y devaneos* (1920) constituyen dos buenas selecciones antológicas de algunos de aquellos artículos. Los dos libros sobre *La Cierva*, nacidos también como artículos en la prensa, unen a la crónica concreta del episodio político una explícita reflexión general sobre el reformismo conservador y la teoría política. *El chirrión de los políticos*, surgido también como colaboraciones cotidianas en la prensa y sólo sucesivamente recogidas en volumen, representa una reflexión sobre la política española en el gozne del final de la Restauración y del inicio de la dictadura de Primo de Rivera. Esta “fantasía moral” plasma literariamente una precisa comprensión de la política; su expresión no es sistemática, pues Azorín persigue también desvelar una dimensión estética de la política, pero bien puede decirse que la superficie “literaria” del texto se levanta desde un imprescindible pensamiento político, desde



una precisa *theoría*. Aquella teoría (no en sentido moderno, sino organizada bajo la forma del “tratado”) es *El Político*. Éste es, además, uno de los pocos textos que nacen como libro en la bibliografía azoriniana. Es un texto pensado como libro, sin la urgencia de la crónica; su forma y su unidad originaria es la del libro, y no la de tantos artículos de prensa que, después, perdiendo su independencia y unidad iniciales, pasarían a integrar un orden superior. Liberado del impulso e incitamiento de la crónica concreta, Azorín crea un texto que plasma su pensamiento político y su manera de entender la política en general. Y lo hace *poéticamente*, dando a la superficie textual una forma coherente con el pensamiento que se expresa (porque la política no puede ser sólo una burda cuestión de contenidos, sino también de formas, sobre todo de estilo).

En la economía de las Jornadas, “texto” y “contexto” funcionaron como categorías de análisis. No se trata de negar con ello la autonomía del texto, sino de considerar el con-texto como un elemento cuyo conocimiento es capaz de aportar una mejor y más eficaz comprensión del texto. Ello, desde el firme convencimiento de que una de las funciones privilegiadas de la crítica debe ser la de explorar las potencialidades del texto, la de aumentar incluso esas mismas potencialidades. En este sentido, las Jornadas han intentado promover un trabajo de confluencia interdisciplinar: estudiar *El Político* desde la historia de las ideas, desde la teoría política y la hermenéutica de la cultura, desde la filología y la crítica literaria, etc.; para, con todo ello, poder dotar de una mayor visibilidad a un texto fundamental dentro del panorama de la cultura española del siglo XX. Sacarlo de las sombras en que yace y dar relieve y profundidad críticas a la inmaculada superficie de sus páginas. Ofrecer una nueva mirada, quizá más rica, sobre *El Político*, sobre Azorín y sobre nosotros mismos, pues, en el fondo, en la configuración que hagamos del pasado se recorta nuestra propia silueta.